

Buenos días. Es una delicia estar aquí esta mañana y compartir un rato con vosotros, pero, más importante aún, es celebrar el trabajo tan importante que estáis haciendo. Y este trabajo es todavía más importante teniendo en cuenta lo que está ocurriendo hoy en el mundo.

Soy de la Universidad de California, en Berkeley, California, Estados Unidos.

Llegué tarde anoche y, aun así, siento que es realmente importante estar aquí. Espero establecer una relación continuada con vosotros porque, de nuevo, creo que vuestro trabajo es muy importante para todo el mundo hoy. Por tanto, quiero reconocerlos y celebrarlos, a vosotros y el trabajo que realizáis.

Dirijo una iniciativa que se llama Instituto de alteridad y Pertenencia. Como sugiere esta diapositiva, planteo que el problema del siglo XXI es el problema de la alteridad.

Es una palabra curiosa. ¿Qué queremos decir con alteridad?

Básicamente, la alteridad consiste en afirmar que algunas personas o algunos grupos no reciben la misma dignidad o el mismo respeto. No se les considera importantes. No se considera que tengan el mismo valor que otros grupos.

Esto puede basarse en muchos factores diferentes. Podemos inventárnoslo. Puede estar basado en la raza de una persona, en su edad, en sus capacidades, en su lengua o en su religión.

Y construimos relatos sobre esas personas y decimos que, de alguna manera, no son merecedoras. Que realmente no forman parte de nosotros. Y, en los casos más extremos, incluso decimos que son peligrosas.

Aquí tenéis algunas de las maneras en que convertimos a otras personas en «los otros».

Lo más importante es darnos cuenta de que esto no es natural. Cuando definimos a alguien como otro, como diferente, acabamos pensando que esa diferencia es natural.

Que una raza es diferente de otra raza.

Desde una perspectiva biológica, creo que la mayoría de vosotros ya lo sabéis: la raza ni siquiera existe.

Y, sin embargo, construimos un relato a su alrededor y parece que no solo exista, sino que sea inevitable. Que tenga que existir.

Es una construcción sociológica, pero una vez establecida se convierte en una realidad social.

Y, a veces, no se trata solo de la raza; a veces es el género, nuestra altura, si somos altos o bajos.

Uno de los mayores genocidios del siglo XX tuvo lugar en Ruanda.

Y muchos de vosotros lo sabéis. En Ruanda, las personas tenían la misma raza, la misma religión, la misma lengua y, en muchos casos, la misma etnia y la misma tribu.

Y se construyó el relato de que, si no tenías un número determinado de vacas, si tenías menos de tres vacas, eras «el otro».

No pertenecías.

Y, a partir de ahí, después de haber vivido juntos durante décadas, empezaron literalmente a matarse unos a otros.

¿Quién es el otro? Esta persona solo tiene dos vacas. No puede formar parte de nuestro grupo.

Cuando escuchamos esto, nos parece absurdo.

Y lo es.

Pero esta es la manera en que construimos relatos, y esos relatos ayudan a definir quiénes somos y quién es el otro.

Por tanto, una parte importante es preguntarnos: ¿podemos construir relatos diferentes?

Soy de Estados Unidos y he visitado muchos países, entre ellos Irlanda del Norte.

Hablando con personas de allí, me decían: «Esa gente de allí no es de confianza. Son católicos».

Y yo preguntaba: «¿Cómo sabéis que son católicos? ¿Cómo podéis saberlo?».

Y me respondían: «Mira cómo caminan. Mira esto. Es evidente».

Para mí no era evidente. Yo no tenía esa sensibilidad.

Y por eso es importante entender las diferentes maneras en que convertimos a las personas en «los otros»: es una manera de decidir quién pertenece y quién recibe respeto.

Así pues, este problema de la alteridad, que también se manifiesta como racismo, xenofobia o fobia religiosa, aparece de muchas maneras diferentes.

¿Por qué está tan presente hoy en el mundo? ¿Por qué la alteridad está ocurriendo no solo en Estados Unidos, no solo en España, no solo en Europa, no solo en África, no solo en América Latina? Está ocurriendo en todas partes.

¿Por qué las personas se vuelven unas contra otras?

Y una de las razones es el propio cambio.

Cuando el cambio se produce a un ritmo muy rápido, genera ansiedad, no solo en los seres humanos, sino también en otros animales.

Hay investigaciones que sugieren que, si en un período de dos años cambias tu relación principal, el lugar donde vives y tu trabajo, las posibilidades de sufrir un ataque al corazón aumentan un 50 %.

Y eso suponiendo que hayas conseguido un buen trabajo y una buena pareja.

Si has conseguido un mal trabajo y una pareja terrible, ya estás muerto.

El problema es que solo podemos procesar una pequeña cantidad de cambio en un período corto de tiempo. Si el cambio se distribuye a lo largo de años o incluso décadas, podemos gestionarlo.

Podemos adaptarnos.

Y esto no solo es cierto para nosotros. También lo es para otros animales.

Lo que está ocurriendo hoy en el mundo es que la velocidad del cambio se está acelerando.

Las cosas cambian más rápido de lo que somos capaces de procesar.

Y, con esta velocidad, estamos sintiendo ansiedad.

Por ejemplo, estamos afrontando cambios relacionados con la salud. Todavía estamos pensando en la COVID-19 y ahora también estamos pensando en el ébola.

Estamos observando el cambio tecnológico.

¿La inteligencia artificial es algo bueno? ¿Nos ayudará? ¿Curará el cáncer? ¿O es algo malo?
¿Destruirá a la humanidad?

El cambio climático. ¿Es normal que haga tanto calor tan pronto durante el año? ¿Deberíamos preocuparnos?

El cambio económico. ¿Tendré trabajo la semana que viene? ¿Y el año que viene?

Aquí hay jóvenes. Cuando me gradúe en la universidad o termine el instituto, ¿tendré trabajo?
¿Habrá un lugar para mí?

Y, evidentemente, el cambio demográfico. Estamos viendo cómo el mundo cambia demográficamente en todas partes.

Y aquí, en Europa, por ejemplo, la inmigración es un tema muy importante.

Sorprendentemente, también es un tema importante en África. Los sudafricanos están preocupados por la llegada de personas que no son sudafricanas a su país.

Y también hay una contradicción porque, de nuevo, en Estados Unidos, nuestro presidente es muy hostil a la idea de los inmigrantes.

Al mismo tiempo, decimos que necesitamos inmigrantes para trabajar en nuestros hospitales y en nuestros campos.

Por tanto, hay al mismo tiempo una necesidad y un miedo.

Cuando experimentamos este cambio rápido —y este cambio se acelerará, no se detendrá—, el mundo nos exigirá más.

¿Cómo le damos sentido?

Sabemos que el mundo está cambiando, pero no necesariamente sabemos qué significa.

Damos sentido a estos cambios explicando historias, y hay dos estructuras en las que quiero centrarme respecto a la manera en que contamos esas historias.

Una estructura se llama estructura de ruptura.

En una estructura de ruptura decimos: sí, las cosas están cambiando, da miedo y es culpa suya.

Es culpa de los inmigrantes. Es culpa de las personas mayores. Es culpa de las personas gais.

Culpamos al otro de nuestra ansiedad y decimos: si pudiéramos ocuparnos del otro, si pudiéramos mantener al otro lejos de nosotros, si pudiéramos enviarlos de nuevo a su país, estaríamos mejor.

Esto es lo que se llama relato de ruptura, en el que no solo hablamos de diferencia.

Estamos diciendo que el otro es una amenaza para nuestra manera de vivir.

Es una amenaza para nuestra civilización. Es una amenaza para nuestros puestos de trabajo.

Es una amenaza para nuestro bienestar.

La mayoría de los relatos que vemos en las redes sociales y en los periódicos son relatos de ruptura.

Son relatos sobre algún otro.

La otra manera de explicarlo es decir: sí, las cosas están cambiando. Nosotros también estamos cambiando.

Nos estamos convirtiendo en sociedades más diversas.

Pero podemos hablar entre nosotros. Podemos escucharnos. Podemos aprender unos de otros.

Podemos educarnos mutuamente.

Podemos construir un «nosotros» más amplio.

Y, para hacerlo, tenemos que implicarnos unos con otros.

Esto se llama relato de puente.

Así pues, estos son dos tipos de relatos.

Uno es el relato de ruptura y el otro es el relato de puente.

Y yo diría que el trabajo que estáis haciendo vosotros tiene que ver con construir puentes.

Intentáis ayudar a las personas a entenderse a sí mismas y ayudarles a entender al otro.

Por tanto, una parte del mensaje de mi intervención de hoy es: ¿podemos construir relatos de puente?

Y cuando, por cualquier motivo, no podamos hacerlo, ¿podemos al menos evitar los relatos de ruptura?

Permitidme explicar un poco más sobre los relatos de ruptura.

Cuando veis a otro ser humano, hay una parte de vuestro cerebro que se activa.

Esto no significa que os guste esa persona. No significa que queráis comprarle un café.

No significa que queráis llevárosla a casa.

La naturaleza consideró útil que reconociéramos a nuestros semejantes.

Por eso se activa esta parte del cerebro.

Reconocimiento.

Cuando convertís profundamente a alguien en «el otro», cuando construís relatos sobre una persona de manera que realmente no sea considerada parte de vuestro grupo, esta parte del cerebro no se activa.

Es decir, a un nivel inconsciente, cuando convertimos profundamente a alguien en «el otro», dejamos de verlo como un ser humano.

En Estados Unidos hicieron una prueba.

En Estados Unidos, uno de los grupos que convertimos en «los otros», de manera profunda, son las personas sin hogar.

Pusieron a personas del público mirando a personas sin hogar y las conectaron a aparatos para poder ver sus ondas cerebrales.

Y esa parte del cerebro que reconoce a otro ser humano estaba completamente silenciosa. No había ninguna actividad.

Y después hicieron una pregunta:

«¿Qué tipo de verduras creéis que les gustan a estas personas sin hogar?».

Y, de repente, esa parte del cerebro que reconoce a otro ser humano se activó mucho.

¿Qué está ocurriendo? Lo que está ocurriendo es que, cuando sentimos curiosidad por los demás, vemos su humanidad.

Cuando no sentimos curiosidad, esa persona es una persona sin hogar y tenemos estereotipos.

Pensamos: probablemente es drogodependiente. Probablemente no tiene trabajo. Es un fracasado. Hay algo que no funciona en esa persona.

No imaginamos que puedan gustarle las verduras. No imaginamos que tenga hijos. No imaginamos que sienta dolor y tristeza. No imaginamos que sea como nosotros.

Por tanto, una parte importante para construir puentes y ver la humanidad de los demás es tener curiosidad. Es formular preguntas con curiosidad sobre los demás.

Así pues, lo que trabajamos en el Instituto es el sentimiento de pertenencia sin crear alteridad.

Pertenencia sin crear alteridad.

En esta diapositiva veis tres imágenes.

La primera es un círculo en el que hay personas que se mantienen fuera del círculo. Esto es la exclusión.

Lo reconocemos en muchas de nuestras políticas de inmigración. Lo reconocemos en cosas como la segregación o el apartheid.

Decimos: estas personas no pueden estar en nuestros barrios. No pueden estar en nuestra iglesia, sinagoga o mezquita. No pueden estar en nuestro país.

Son los otros. Los mantenemos alejados de nosotros.

La segunda imagen es lo que llamamos inclusión.

La inclusión es: de acuerdo, puedes venir a mi escuela.

A veces cuento una historia: voy a hacer una fiesta y espero que la mayoría de vosotros vengáis.

Crecí en Detroit. Algunos de vosotros sabéis que ayer cumplí años, así que cada día me hago un poco más mayor.

Pero cuando haga mi fiesta habrá mucha música Motown.

También soy vegetariano, lo que significa que, cuando vengáis a la fiesta, no habrá carne.

Por tanto: mucha música Motown y nada de carne.

Y, como ya he pasado de los 70 años, la fiesta terminará a las ocho de la tarde.

Ahora algunos de vosotros podríais decir que es una fiesta poco atractiva. ¿Por qué debería esforzarme en ir a una fiesta así?

Bueno, sois bienvenidos a mi fiesta, pero es mi fiesta.

Yo pongo las normas. Yo elijo la música. Yo elijo la comida. Yo elijo la hora. Yo elijo a los invitados.

Y podéis venir, pero tenéis que cumplir todas mis normas.

Esto es la inclusión. Estáis incluidos.

Pero ¿y si dijéramos: «No quiero ir a tu fiesta. ¿Podemos hacer una fiesta? ¿Podemos hacer una fiesta juntos? ¿Podemos participar en la selección de la comida?»?

Quizá podemos tener comida vegetariana, pero también podríamos tener comida no vegetariana.

Quizá podríamos tener música Motown, pero también un poco de reggae. Quizá podríamos tener música clásica.

Nos reunimos y decidimos juntos.

Esta es la imagen final de la diapositiva.

Esto es la pertenencia.

La pertenencia es cuando cocreamos aquello a lo que pertenecemos.

No eres un invitado en la historia de otra persona. No eres un invitado en la casa de otra persona o en el barrio de otra persona.

También es tu barrio. Y tenéis que reuniros para hacer que funcione para todos.

Por tanto, la pertenencia es diferente de la inclusión.

La inclusión es cuando apareces como invitado y, como invitado, pueden invitarte a marcharte.

La pertenencia es cuando cocreas aquello mismo a lo que perteneces.

Y la pertenencia requiere inclusión. Requiere capacidad de actuar. Requiere que tengas voz.

Requiere que seas reconocido y requiere conexión. Tienes que estar conectado con aquello y con las personas que tienes a tu alrededor.

Así pues, aquí tenemos dos de las grandes ideas que ya hemos mencionado.

Una se llama romper, de la que ya hemos hablado. La otra se llama construir puentes.

Ahora bien, hay puentes cortos y puentes largos.

¿Qué es un puente corto?

Un puente corto sería un puente que conecta con alguien con quien no te entiendes bien.

Quizá es tu primo. Quizá es tu hermana o tu hermano. Es alguien con quien compartes muchas cosas.

Pero todavía puedes discutir con tu hermano o tu hermana. Y, cuando discutís, quizá dejáis de hablaros.

Quizá no te devolvieron los 10 dólares que les dejaste el año pasado, o no vinieron a la graduación de tu hija, y estás enfadado.

Pero tienes a toda la familia para ayudaros a volver a estar unidos.

Ahora bien, los puentes cortos no significa que sean fáciles.

Pensad en las guerras civiles. En muchos casos, las peores guerras que viven las personas son aquellas en las que hermanos y hermanas se vuelven unos contra otros.

Además, en los puentes cortos sabes cómo hacer daño al otro.

Yo sé cómo enfadar a mi hermano. Sé cosas sobre él que un desconocido no sabría.

Pero tenéis muchos recursos para volver a unirlos como familia.

Después están los puentes largos.

Los puentes largos son aquellas personas con las que, ya sabéis, no conozco el idioma, no entiendo su lengua. No como la misma comida. No vengo del mismo lugar. No creo en Dios de la misma manera que ellos.

Anoche, uno de mis amigos más cercanos me llamó para felicitar me por mi cumpleaños.

Me dijo: «¿Cómo estás, John?».

Y yo le dije: «Estoy bien».

Él me dijo: «En Barcelona me están haciendo trabajar demasiado».

Yo estaba allí. Barcelona, como sabéis, es una de las ciudades de paz, quizá la ciudad de paz más importante del mundo.

Y estaba allí para participar en varias actividades. Fue maravilloso.

Pero no era una celebración de cumpleaños.

Y mi amigo me dijo: «Está muy bien que hagas este trabajo. Pero tienes que cuidarte, porque solo pasamos una vez por la vida».

Y yo le dije: «¿Y si fueras hindú?».

Él respondió: «No somos hindúes».

Lo que quiero decir es que incluso nuestra idea de la muerte es diferente de la de otras personas.

Por tanto, cuando las personas no compartimos la misma comida, la misma lengua, la misma creencia en Dios o la misma idea sobre la muerte, es como si no pudiéramos imaginar nunca tener una relación con esa persona.

Estos son los puentes largos.

Un ejemplo de puente largo: tengo un amigo que es ministro cristiano.

Y le dije que tenemos que estar abiertos a los demás. Tenemos que estar dispuestos a relacionarnos con personas y ver la humanidad de personas que son diferentes de nosotros.

Y, a veces, esa diferencia es muy grande.

Y él me dijo:

«John, ¿estás sugiriendo que construya un puente con el diablo?».

Y yo le respondí:

«Como ministro cristiano, construir un puente con el diablo sería, efectivamente, un puente muy largo. Así que no empieces por ahí».

Pero también ten cuidado con a quién llamas el diablo.

La cuestión es que, cuando empezamos a construir puentes, es como un ejercicio.

Y, cuando hacemos ejercicio, no empezamos intentando correr una maratón mañana mismo.

Empezamos caminando alrededor de nuestra manzana. Empezamos corriendo quizá medio kilómetro.

Y, a medida que nos vamos acostumbrando, podemos aumentar la distancia hasta un kilómetro, quizá dos kilómetros.

Y quizá, finalmente, llegaremos a los 42 kilómetros.

Por tanto, no empecéis por el puente más difícil. No empecéis por la relación más complicada.

Empezad por algo un poco más fácil.

Y, a medida que mejoremos, podremos llegar a construir puentes más largos.

Por tanto, de nuevo: las historias de ruptura dicen: «No hay lugar para ti en mi mundo. Eres una amenaza para mi mundo».

Las historias de construcción de puentes dicen: «Estamos juntos en esto. Estamos conectados unos con otros. Compartimos cosas. Y tengo curiosidad por ti».

Ahora bien, todo el mundo cree en la pertenencia.

Quizá no estáis acostumbrados a utilizar esta palabra, pero todo el mundo cree en la pertenencia.

Sois una familia. Pertenecéis a esa familia.

Cuando pensamos en cualquier gran religión, siempre está organizada alrededor de la idea de pertenencia.

Tanto si es el judaísmo, el hinduismo, el budismo o el cristianismo, todas las grandes religiones dicen que las personas que forman parte de ellas son una familia.

Nos pertenecemos unos a otros.

Por tanto, la pertenencia existe desde que existe la actividad humana.

Pero habitualmente, en muchas religiones, crean un grupo que pertenece y, al mismo tiempo, crean un grupo que no pertenece.

Por tanto, si eres cristiano, perfecto. Pero si no eres cristiano, eres un pecador.

Si eres musulmán, perfecto. Pero si no eres musulmán, eres un infiel.

Si no eres judío, no formas parte del pueblo elegido.

Así pues, la idea es que cada nación, cada religión, se ha organizado alrededor de la pertenencia, pero también alrededor de la creación de alteridad.

Es decir: «Nuestro grupo pertenece; ellos no pertenecen».

Y por eso el reto que tenemos hoy, el reto que tenéis hoy, es crear pertenencia sin crear alteridad.

¿Podemos crear un mundo donde todo el mundo pertenezca? ¿Donde todo el mundo pertenezca?

Pensad un momento: ¿quién, según vosotros, no pertenece? ¿Qué grupo? ¿Qué niño no cuenta?
¿Qué familia no merece tener comida?

¿Podemos crear un mundo donde todo el mundo pertenezca?

Y ya hemos hecho algunos progresos en esta dirección.

Pensad en la Declaración Universal de los Derechos Humanos de las Naciones Unidas, que comienza con la idea de que todo el mundo, todo el mundo importa.

Y, cuando se aprobó en 1948, de nuevo, el mundo no era así.

Acabábamos de salir de una guerra. Seis millones de judíos habían sido asesinados.

De hecho, hubo un debate entre Eleanor Roosevelt, que fue una de las principales arquitectas de la declaración, y W. E. B. Du Bois, uno de los sociólogos estadounidenses más importantes que ha existido.

Du Bois estaba realmente enfadado con la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

¿Por qué estaba enfadado?

Él decía: «Esto solo es simbólico».

Decía: «África todavía está colonizada, las mujeres no pueden votar en casi ningún lugar del mundo, las personas negras están segregadas en Estados Unidos. Acabamos de ver cómo seis millones de judíos han sido asesinados. Estamos alterando la tierra de Palestina».

Él decía: «¿Qué queréis decir con esto?».

Decía: «Esto solo es simbólico».

Y yo suelo decir que tenía razón y se equivocaba.

Tenía razón en que era simbólico.

Se equivocaba al decir que solo era simbólico.

El simbolismo importa cuando se hace correctamente.

Por tanto, Eleanor Roosevelt no estaba describiendo el mundo.

Estaba creando una aspiración.

Estaba creando una aspiración.

Si puedo abrir esto... Mi padre era ministro cristiano. Murió hace unos años.

Él y mi madre eran personas maravillosas.

¿Qué significa ser cristiano?

Cristiano significa «semejante a Cristo».

Por tanto, imagino que algunos de vosotros sois cristianos. ¿Cuántos de vosotros sois realmente semejantes a Cristo?

El islam significa someterse a Alá.

¿Cuántos de vosotros os habéis entregado a Dios?

Así pues, establecemos estas aspiraciones, establecemos estos principios para orientar la manera en que avanzamos, y creemos que ahora es importante avanzar hacia una pertenencia sin alteridad.

En Estados Unidos, J. D. Vance y otras personas quieren crear alteridad, quieren pertenencia.

Pero la quieren para un grupo reducido de personas.

Algunas personas argumentan ahora que las únicas personas que realmente pertenecen a Estados Unidos son los cristianos, y no solo los cristianos, sino los protestantes.

Por tanto, los católicos realmente no pertenecen.

Algunas personas dicen que solo pertenecen las personas blancas.

Antes teníamos este debate en Estados Unidos: ¿quién es el verdadero americano?

Y, en un momento determinado, defendimos en Estados Unidos que solo había dos tipos de personas que eran verdaderos americanos.

Dos tipos de personas.

¿Quiénes eran?

Los anglos y los sajones. Anglos y sajones.

No los alemanes, no los franceses, no los italianos.

Todos los demás eran invitados.

Por tanto, ahora intentamos ir más allá de esto y decir que no, esta no es una manera adecuada de decidir quién pertenece.

Así que os quiero dar 90 segundos para pensar en un momento en el que hayáis sentido un sentimiento de pertenencia.

¿Habéis sentido alguna vez que pertenecéis a vuestra ciudad?

¿Cuáles eran las circunstancias que crearon ese sentimiento de pertenencia?

¿Y podríais pensar en la pertenencia, en la manera en que vosotros pertenecéis a vuestra ciudad o al lugar donde vivís?

¿Podéis extender esa pertenencia a personas que no siempre tienen ese sentimiento?

Os quiero dar 90 segundos para reflexionar sobre ello.

De acuerdo.

Solo quiero que lo tengáis presente mientras continuamos, porque la idea es que creo que el trabajo que ya estáis haciendo es realmente el mismo trabajo que hacemos nosotros.

Utilizáis palabras diferentes, pero es la misma idea.

¿Cómo hacemos ciudades, cómo hacemos de los lugares donde vivimos espacios donde todo el mundo pueda pertenecer?

Y la pertenencia con alteridad no funciona; esto es negativo. Ya se está haciendo.

Es lo que realmente nos divide y nos polariza.

Cuando creas al otro —porque el otro es en gran parte una construcción, es una historia—, la pregunta es: ¿cómo construimos puentes? ¿Cómo llegamos a conocer al otro?

Hemos hablado un poco sobre construir puentes y romper.

Construir puentes es girarse hacia el otro.

Romper es girarse contra el otro.

Y la ruptura crea al otro.

Está basada en el miedo, mientras que construir puentes está basado en la empatía.

Así pues, he sugerido que, si estas cosas no están simplemente ahí fuera, las organizamos a través de historias.

Las organizamos a través de narrativas.

¿Cómo sabemos cuál es una narrativa sobre construir puentes? ¿Cuál es una narrativa sobre crear vínculos?

Hay otro concepto: el de crear vínculos. Es otro concepto al que solo quiero dedicar unos segundos.

Por tanto, crear puentes es cuando te acercas a alguien; romper es cuando te pones en contra de alguien.

Vincular es cuando dices: «Me importa mi familia, pero no denigro a tu familia».

Así pues, vincular significa reconocer una relación sin menospreciar otras relaciones, y volveremos a ello un poco más adelante.

De acuerdo.

Una de las cosas en las que os centráis es el pensamiento crítico, y también volveré a ello más adelante.

Pero quiero añadir al pensamiento crítico la idea de la implicación intencionada y la escucha empática.

¿Qué es la escucha empática?

Es diferente de la escucha crítica.

Puedes escuchar a alguien para encontrarle un error, puedes escuchar a alguien para dejarlo en evidencia, o puedes escuchar realmente para intentar experimentar lo que la otra persona está experimentando.

Esto es lo que no es construir puentes.

Muchas veces, cuando la gente oye hablar de construir puentes, piensa que es una actitud demasiado blanda, especialmente en este mundo tan duro.

¿Y por qué deberíamos hacer concesiones con el otro bando?

Construir puentes no es hacer concesiones. Construir puentes no significa estar de acuerdo, ni quiere decir abandonar tus valores.

Puedes construir puentes a nivel interpersonal, a nivel institucional o a nivel sistémico.

Y, de nuevo, hay puentes cortos y puentes largos, puentes débiles y puentes transaccionales. Y, para cada uno de ellos, el método para construirlos es ligeramente diferente.

Y después está la idea de los vínculos fuertes y los vínculos débiles en las ciudades.

¿Cuál es la diferencia entre un vínculo fuerte y un vínculo débil?

Bien, un vínculo fuerte es cuando tienes una relación muy estrecha con alguien. Es casi como una relación familiar o de pareja.

Es alguien a quien ves y quizá amas, con quien interactúas cada día.

Un vínculo débil es, en parte, lo que estudió Robert Putnam, autor del libro *Bowling Alone*.

Él hablaba de reciprocidad general y reciprocidad específica.

Un vínculo débil es cuando no tienes una relación cercana con las personas, pero, aun así, tienes una relación con ellas. Las reconoces y las valoras.

Es como simplemente ser amable con alguien por la calle o dejar propina a alguien en Estados Unidos.

Así pues, Putnam sostiene que un vínculo débil es lo que mantiene unida a una sociedad.

No todo el mundo se convierte en tu hermano o tu hermana, pero pueden ser personas que te importan.

Si ves a alguien intentando levantar algo pesado, quizá te acercas y le ayudas.

Si ves a alguien que tiene prisa, quizá le echas una mano de alguna manera.

Es un sentimiento positivo general hacia tu comunidad y una disposición a ayudarla.

De nuevo, no es una relación estrecha.

Y él dice que, de hecho, un vínculo débil es más importante para crear cohesión en una sociedad que un vínculo fuerte.

Por tanto, según Putnam, no puedes considerar a todo el mundo tu hermano o tu hermana, pero sí pueden ser personas que te importan.

Reflexión: ¿cómo es vuestra ciudad educadora un contenedor que favorece el cambio y fomenta la creación de puentes? ¿Qué circunstancias lo hacen posible?

¿Hay una cultura de vínculos débiles en vuestra ciudad? ¿Hay una cultura de preocuparse por los desconocidos en vuestra ciudad?

De nuevo, quiero que reflexionéis sobre esto, pero esta vez haremos algo un poco diferente.

Quiero que lo penséis, pero os daré dos minutos, y quiero que os giréis hacia la persona que tenéis al lado.

Cada uno tendrá algo más de un minuto para explicar cómo estáis haciendo este trabajo en vuestra propia ciudad.

¿Cómo es vuestra ciudad educadora? ¿Es un contenedor? ¿Es un lugar donde las personas pueden sentir que pertenecen?

¿Las prácticas de vuestra ciudad están creando pertenencia, especialmente con las personas desconocidas?

Os daré dos minutos. Giraos hacia la persona de al lado y reflexionad sobre esta pregunta.

De acuerdo, tenéis 30 segundos.

De acuerdo, volvamos todos juntos.

Cuando pensamos en la creación de puentes y el sentimiento de pertenencia, una de las cosas que debemos tener en cuenta es cómo las estructuras pueden crear un espacio de pertenencia y de conexión, o bien pueden generar exclusión y convertirse en mecanismos de alteridad.

Ahora hay ejemplos muy evidentes.

Por ejemplo, si hay escaleras y una persona va en silla de ruedas, y no hay una rampa, básicamente estamos creando una estructura en la que esa persona no es bienvenida.

Yo viajo demasiado en avión y, a veces, utilizo el ejemplo de los compartimentos superiores para el equipaje.

Hay una parte de la población que suele ser más baja y que, como grupo, suele tener menos fuerza en la parte superior del cuerpo.

¿Qué parte de la población estoy describiendo?

Suele ser más baja y tiene menos fuerza en la parte superior del cuerpo.

¿Os viene algo a la cabeza?

¿Lo podéis decir en voz alta?

Los niños, de acuerdo. Los niños, esto es cierto.

Pero ¿quién más tiene menos fuerza en la parte superior del cuerpo y suele ser más bajo?

¿Hay personas en esta sala que encajan con esta descripción?

Las mujeres, ¿verdad?

De acuerdo. Las mujeres son la mayoría de la población mundial y, como grupo, tienen menos fuerza en la parte superior del cuerpo y una estatura más baja.

Así pues, lo que ocurre con las mujeres como grupo —y esta es una cuestión un poco controvertida— es que también es más probable que lleven más equipaje.

Como grupo, las mujeres facturan el equipaje más a menudo que los hombres, incluso cuando tienen la misma cantidad de equipaje.

Esto significa que tienen que llegar al aeropuerto entre media hora y 45 minutos antes que sus homólogos masculinos, y salen del aeropuerto entre media hora y 45 minutos después, a veces incluso sin su equipaje.

Así pues, esta es una estructura que, de nuevo, acaba perjudicando a las mujeres.

Y lo que tenemos que hacer es prestar atención a lo que hacen las estructuras.

Las estructuras tienen efectos: hacen que algunas cosas sean más difíciles para unas personas y más fáciles para otras.

Por tanto, ¿cómo podemos crear estructuras y relatos que digan a las personas, a todo el mundo: «Tú perteneces aquí»?

Y diferentes grupos necesitarán cosas diferentes, estructuras diferentes, para poder sentir una pertenencia plena.

Y por eso las ciudades son contenedores que han ayudado a crear el diseño de las ciudades.

Pensad, por ejemplo, que en Estados Unidos los porches de las casas antes estaban situados en la parte delantera.

Esto significaba que, cuando caminabas por la calle, veías a tus vecinos.

Podías hablar con tus vecinos.

En los años cincuenta y sesenta pensamos: «Pongamos los porches detrás».

Y esto hizo que ahora puedas vivir en un barrio durante años y no ver nunca a tus vecinos.

Llegan en coche, aparcan dentro del garaje y entran por la parte trasera.

Esto es una estructura: una estructura que hace más difícil que las personas se encuentren y se relacionen.

Por tanto, cuando observéis las estructuras, preguntaos: ¿qué efecto tienen estas estructuras a la hora de decirnos «perteneces aquí» o «no perteneces aquí»?

Y lo que estamos experimentando ahora, no solo en Estados Unidos, es que vemos grietas en muchas de las estructuras que nos mantenían unidos.

Las escuelas públicas, sabemos que ahora son objeto de debate y manifestaciones. Hay personas que intentan destruir las escuelas públicas.

Pero la escuela pública es uno de los lugares donde antes nos encontrábamos y estábamos juntos.

Las bibliotecas públicas.

Las bibliotecas públicas son otro espacio donde quizá podemos encontrarnos.

En Berkeley, por ejemplo, trabajaron de manera muy intencionada para que las bibliotecas estuvieran abiertas a todo el mundo.

Pero esto también generó un problema.

Muchas personas sin hogar iban a la biblioteca y utilizaban los baños como si fueran su casa, no solo para hacer sus necesidades, sino también para ducharse o bañarse.

Y entonces las personas que no estaban en situación de sinhogarismo dejaron de ir a la biblioteca.

Así pues, ¿qué podemos hacer, desde las ciudades, para que sean espacios donde todo el mundo sienta que pertenece?

Mi pareja está en Berlín —ahora no, pero yo estoy en Berlín este verano— y comenta que aquí todo el mundo utiliza los servicios públicos.

Todo el mundo en Berlín utiliza el espacio público.

Utilizan el autobús. Utilizan el tranvía.

Esto no ocurre en Estados Unidos.

En gran parte, el espacio público en Estados Unidos está asociado a personas sin hogar y personas pobres.

Las personas de clase media no suelen utilizar los servicios públicos ni los parques públicos, con algunas excepciones.

Así pues, ¿cómo construimos una ciudad que diga: «Esta ciudad pertenece a todo el mundo»?

Esto es Bob Marley, y tiene una frase en una de sus canciones que dice —parafraseándolo— que cada persona piensa que su carga es la más pesada.

Así pues, contamos historias, y yo conozco mi carga. No conozco tu carga.

Pienso que mi carga es más importante que la tuya.

Pienso que la carga de mi grupo es más importante que la carga de tu grupo.

Y, de esta manera, menospreciamos las historias de los demás.

Al hacerlo, los menospreciamos a ellos.

Al hacerlo, les estamos diciendo: «Tu historia realmente no importa. Mi historia es la que importa».

Por eso, una parte de la manera en que creamos espacios de pertenencia es decir a todo el mundo que todas las historias importan.

Todas las historias importan.

¿Y cómo podemos realmente hacer aflorar esas historias?

Cuando pensamos en las historias —y las historias son realmente importantes— tenemos que pensar:

¿Quién cuenta la historia?

¿Quién es el héroe o la protagonista de la historia?

¿Quién es el villano?

¿Quién es la audiencia?

¿Quién queda excluido?

Por tanto, cuando penséis en una historia, pensad simplemente:

¿Quién la está contando?

¿Quién es el villano?

¿Quién es el protagonista?

¿Y quién queda fuera?

Hay diferentes maneras de escuchar.

Podemos escuchar con la mente y podemos escuchar con el corazón.

Y lo que queremos es escuchar con el corazón.

Quiero saber cómo te sientes.

No solo qué piensas.

Dime cómo te sientes.

Dime qué es importante para ti.

Dime a quién amas.

Dime a quién has perdido.

Por tanto, una manera de conectar o de construir puentes es escuchar con el corazón. Es decir, practicar la escucha empática.

Cuando hablamos, la pregunta es: ¿con quién estamos hablando? ¿Quién es la audiencia?

Quisiera proponeros que todos deberíamos hablar el lenguaje del lagarto.

Es una especie de pregunta trampa, pero levantad la mano: ¿cuántos de vosotros ya habláis el lenguaje del lagarto?

Levantad la mano.

¿Nadie habla el lenguaje del lagarto?

De acuerdo, pues hoy os marcharéis de aquí habiendo aprendido una lengua nueva.

Y no será ni el castellano ni el francés. Será el lenguaje del lagarto.

¿Qué es, pues, este lenguaje?

El cerebro es un órgano muy complejo. De hecho, es todavía más complicado que esto.

Si comprimieramos toda la historia evolutiva de los seres humanos en un día de 24 horas, durante la primera hora se desarrollaría una parte del cerebro llamada amígdala.

La amígdala regula aspectos como el miedo, la ansiedad —de la que ya hemos hablado antes— y las emociones intensas.

Es la parte del cerebro que compartimos con los lagartos; por eso la llamamos «el cerebro del lagarto».

Según algunos estudiosos, el miedo es una de las emociones más antiguas de los seres humanos, y también una de las que compartimos con el resto de animales.

Esta parte del cerebro se desarrolló durante la primera hora de esas hipotéticas 24 horas de existencia.

La parte más nueva del cerebro es lo que se llama el córtex prefrontal.

La amígdala está en la parte posterior del cerebro, y el cerebro se desarrolla de atrás hacia delante.

El córtex prefrontal, la parte más reciente, solo tendría cinco minutos de antigüedad.

Acaba de llegar hace cinco minutos. Todavía no sabe nada.

Es la parte del cerebro que se encarga de la lógica y de los hechos.

Por eso, cuando tenemos miedo o estamos angustiados, la amígdala toma el control, y no se puede hablar con la amígdala mediante hechos, estudios o argumentos lógicos.

La amígdala habla el lenguaje de las emociones.

Pensad en vuestro hijo o hija, o en vosotros cuando erais pequeños, convencidos de que había un monstruo debajo de la cama.

Tenéis mucho miedo, dejáis la luz encendida y la puerta abierta, y vuestros padres entran en la habitación y os dicen:

—Apaga la luz.

Y vosotros respondéis:

—No puedo, hay un monstruo debajo de la cama.

Los padres, que no hablan el lenguaje del lagarto, contestan:

—Eso es una tontería. Miremos debajo de la cama.

No hay ningún monstruo.

Y, por supuesto, cualquier niño sabe que el monstruo desaparece en cuanto se enciende la luz, pero vuelve cuando se apaga.

Y el niño se pregunta: «¿Cómo es que me han tocado unos padres tan tontos, que no entienden nada de los monstruos?».

Y los padres insisten:

—Apaga la luz y cierra la puerta.

Pero el niño sigue teniendo miedo.

No habéis calmado su miedo. Lo habéis menospreciado.

Le habéis hecho entender que es estúpido.

En cambio, podríamos decirle:

«Caramba, debe de ser muy difícil dormir solo en una habitación si hay un monstruo. Quizá me tumbe un rato a tu lado».

Esto es lo que vemos hoy en el mundo: el mundo está angustiado. El lagarto corre desbocado por todo el planeta.

Y la mayoría de la gente, incluidos muchos políticos, no habla el lenguaje del lagarto.

Trump sí.

Trump habla el lenguaje del lagarto.

Apela a nuestros miedos y a nuestra ansiedad.

Y construye historias alrededor de esos miedos.

Sabemos que algunas de esas historias son absurdas, como que hay extraterrestres con piel de escamas que secuestran a nuestros hijos.

Esto forma parte de la teoría conspirativa de QAnon.

Y nosotros decimos: «Esto es una locura».

El córtex prefrontal lo analiza y concluye que es completamente ilógico.

O cuando se afirma que los haitianos roban nuestros gatos y se los comen para desayunar.

También decimos: «Esto es ridículo».

O cuando se dice que los musulmanes están tomando el control de la India.

Decimos: «No tiene ningún sentido. Es falso desde el punto de vista de los hechos».

Pero estamos intentando responder con datos objetivos al cerebro del lagarto.

Y esta no es la manera de hablarle.

Primero hay que reconocer que el lagarto tiene miedo.

El miedo existe por una razón. Es una emoción importante para la supervivencia humana.

La cuestión es: ¿cómo podemos, de nuevo, sin dar la razón a la otra persona, reconocer que tiene miedo?

Reconocer que está angustiada.

Y mostrar empatía, no acuerdo. Empatía.

Por eso todos tenemos que aprender a hablar mejor el lenguaje del lagarto.

Y lo que más asusta al lagarto es no sentir que pertenece a un lugar.

Cuando pensáis en un líder autoritario, veréis que casi siempre empieza con el mismo guion.

La historia es:

«Volveremos a hacer grande a América».

Esto implica que hubo un tiempo en que América era grande.

En la India se dice:

«Volveremos a hacer grande a la India».

Entonces yo pregunto:

«Recordadme: ¿cuándo era grande la India?».

Y algunas personas —y no exagero— responden que hace muchísimo tiempo la India ya tenía cosmonautas.

Que viajaban por el universo con aviones o naves capaces de ir casi a la velocidad de la luz.

Y tú dices:

«Esto es ridículo. Esto no ocurrió nunca».

Y es cierto.

Es ridículo.

Pero al cerebro del lagarto le gusta esta historia.

Es como decir:

«¿Recuerdas cuando yo era un cosmonauta?».

Así pues, hay dos ideas clave en eslóganes como «Volveremos a hacer grande a América».

La primera es mirar hacia el pasado, porque el futuro da demasiado miedo.

No quiero el futuro.

El futuro implica cambios.

Parad el futuro.

Yo quiero volver al pasado.

Y la otra parte del relato autoritario es esta:

Si tienes problemas, si esta mañana no has podido levantarte porque estás pasando por una mala situación, es culpa de los inmigrantes.

Si te duele un diente, es culpa de las personas negras.

Si no consigues el trabajo que querías, es culpa de otra persona.

Es decir, es culpa del otro.

El otro se convierte en el chivo expiatorio de todas las cosas negativas.

Y el último elemento es:

«Tú perteneces aquí».

Tú perteneces aquí, y la razón por la que no sientes que perteneces es por culpa de esas otras personas.

Por tanto, el relato autoritario habla directamente al cerebro del lagarto y crea un falso sentimiento de pertenencia basado en la alterización, en convertir a los demás en enemigos.

Y una parte del pensamiento crítico consiste precisamente en interactuar con esto.

Pero aquí hay una cuestión importante:

El pensamiento crítico entendido como análisis —que probablemente es lo que muchos de vosotros conocéis— es fundamental.

Pero no es suficiente.

Porque el pensamiento crítico por sí solo no implica necesariamente una escucha empática.

No implica necesariamente conectar con el cerebro del lagarto.

No implica necesariamente trabajar con los sistemas o con el diálogo.

¿Verdad?

El diálogo consiste en escuchar, no para demostrar que la otra persona está equivocada, sino para descubrir cómo se siente la otra persona.

Requiere cocreación.

Y la cuestión crítica que intentamos alcanzar no es determinar quién tiene razón o quién está equivocado, sino construir una relación.

Cuando combinamos pensamiento crítico y escucha empática, lo que buscamos es establecer una relación humana.

Por tanto, pensadlo.

¿Qué tipo de pensamiento crítico estáis desarrollando en vuestra ciudad?

No solo tiene en cuenta el análisis, sino que también piensa en las relaciones.

¿Cómo te veo realmente?

¿Cómo te escucho realmente con el corazón?

¿Cómo construimos un «nosotros» más amplio?

¿Y cómo construimos una ciudad más diversa?

Me quedan unas tres diapositivas más y ya habré terminado.

La esperanza de futuro tiene que ver con una idea: la pertenencia sin alterización.

Y una de las maneras en que hablamos de conseguirlo es mediante un concepto llamado universalismo focalizado.

Lo que implica es:

Objetivos universales, estrategias específicas.

Objetivos universales y estrategias específicas.

¿Qué son los objetivos universales?

Por ejemplo:

«Ningún niño debería irse a dormir con hambre».

Este es un objetivo universal.

Todos podemos estar de acuerdo.

¿Cómo llegamos a él?

Con estrategias diferentes para poblaciones diferentes, porque las personas se encuentran en situaciones diferentes.

Pero estamos conectados unos con otros.

Muchas veces la gente pregunta:

«¿Cómo podemos conseguir realmente que exista la pertenencia?».

Y yo respondo:

«Ya está ahí».

La COVID-19 simplemente nos demostró hasta qué punto estábamos profundamente interconectados.

Lo estamos.

Nos resistimos, nos oponemos, luchamos contra esta idea, pero es una realidad.

Por tanto, lo que necesitamos es una nueva historia.

Una historia que reconozca nuestra relación de reciprocidad con los demás.

Una historia que no sea:

«Mi historia» y «tu historia».

Sino:

«Nuestra historia».

Esto procede del libro de Harari, Sapiens.

Él sostiene que, en cierto modo, el superpoder de los seres humanos es nuestra capacidad de colaborar, nuestra capacidad de contar historias, y no sabemos hasta dónde podemos llegar.

Todavía no hemos llegado al final de nuestro potencial.

Así que terminaré diciendo simplemente esto:

Estamos intentando crear un mundo pluralista.

Estamos intentando crear un mundo donde todo el mundo sienta que pertenece.

Y lo estamos haciendo a través de las ciudades, lo estamos haciendo a través de la educación.

Acabo de recibir la señal de la «T», que creo que significa que es hora de terminar.

¿Qué diferencia marca una diferencia?

Es decir: el significado.

Esto depende... No es la diferencia en sí misma lo que importa, sino qué hacemos con esa diferencia, qué historias contamos sobre esa diferencia.

Y, si queréis profundizar más en este tema, he escrito dos libros sobre esta cuestión que están disponibles.

Uno se llama *Belonging without Othering* (Pertenencia sin alterización), y el otro es *The Power of Bridging* (El poder de construir puentes).

Gracias.